

Tesorero y favorecer los más desatentados planes de Tyrconnel.

Estaban, pues, de una parte los Hydes y todos los anglicanos toríes, Powis y los más respetables nobles y caballeros correligionarios del Rey, los Estados Generales, la Casa de Austria y el Papa. De la otra, había algunos católicos aventureros de quebrantada fortuna y mala reputación, detrás de los cuales estaban Francia y los jesuitas.

## XXIX.

EL PADRE PETRE. — CARÁCTER Y OPINIONES DEL REY.

El principal representante de los jesuitas en Whitchal era un inglés hermano de la Orden, que por algún tiempo había sido viceprovincial, y á quien Jacobo había mirado siempre con especial favor, haciéndole últimamente secretario de cámara. Llamábase el jesuita Eduardo Petre, y descendía de noble familia. Sus modales eran cortesanos, fácil y siempre dulce su palabra, pero era débil y vano, avaro y ambicioso. De todos los malos consejeros á quienes prestaba oídos el Monarca, á él corresponde, tal vez, la mayor parte en la ruina de los Estuardos.

El obstinado é imperioso carácter del Rey presentaba grandes ventajas á cuantos le aconsejaban mantenerse firme, no ceder en un ápice y hacerse temer. Una máxima de gobierno se había posesionado de su corta inteligencia, de tal modo, que no habría razón bastante poderosa á hacérsela abandonar. Cierto que no acostumbraba á atender á la razón. Su manera de argüir, si así puede llamarse, suele ser común en

tre aquellas personas estúpidas y cerradas de entendimiento, que generalmente se encuentran rodeadas de inferiores. Establecía una proposición, y siempre que alguno más discreto se aventuraba respetuosamente á hacerle ver que era errónea, la repetía de nuevo exactamente en los mismos términos, creyendo que al hacerlo así había deshecho, sin más, toda objeción (1). «*No haré concesiones, repetía con frecuencia; mi padre las hizo y le cortaron la cabeza*» (2). Si fuera cierto que las concesiones habían sido fatales á Carlos I, á ningún hombre discreto se hubiera ocultado que no basta un solo experimento para establecer una regla general, aun en ciencias mucho menos complicadas que la del gobierno; que desde el principio del mundo no se han hecho dos experimentos políticos en condiciones exactamente iguales, y que la única manera de deducir prácticas enseñanzas de la historia es examinar y comparar gran número de casos. Pero si el solo ejemplo en que el Rey se fundaba podía probar algo, era que estaba en error. Apenas puede dudarse que si Carlos hubiera hecho con toda franqueza al Parlamento breve, convocado en la primavera de 1640, la mitad de las concesiones que algunos meses después hizo al Parlamento largo, hubiera vivido y muerto como rey poderoso. Por otra parte, nadie pondrá en duda que si se hubiera negado á hacer concesiones de cualquier género al Parlamento largo y hubiera acudido á las armas en defensa del impuesto marítimo y de

(1) Esta era también la costumbre de su hija Ana; y Marlborough decía que la había heredado de su padre.—*Vindicación de la Duquesa de Marlborough*.

(2) Hasta la época del proceso de los Obispos, Jacobo incesantemente repetía á Adda que todas las calamidades de Carlos I fueran motivadas *per la troppa indulgenza*.—*Despacho de 29 de junio (9 de julio) de 1848*.

la Cámara estrellada, habría visto en las filas contrarias á Hyde y Falkland dándose la mano con Hallis y Hampden. Pero en realidad no hubiera podido acudir á las armas, porque no encontraría ni veinte *Caballeros* que siguiesen su estandarte. Sólo á las grandes concesiones que hizo entonces debió la ayuda de aquel gran número de nobles y caballeros que por tanto tiempo y con tan gran bizarría defendieron su causa. Pero hubiera sido completamente inútil hacer presentes todas estas cosas á Jacobo. Habíase apoderado de su mente otra fatal alucinación, que no desapareció hasta que su ruina era ya completa. Creía firmemente, fuese cualquiera su conducta, que los miembros de la Iglesia anglicana obrarían siempre de conformidad con los principios de aquella Iglesia. Sabía que desde diez mil púlpitos se había dicho, siendo además solemnemente confirmado por la Universidad de Oxford, que aun una tiranía tan terrible como la del más depravado de todos los Césares no justificaba la resistencia de los súbditos á la autoridad real, de donde su débil entendimiento sacaba por conclusión, que todos los caballeros y clérigos torpes se dejarían despojar, oprimir é insultar sin levantar siquiera el brazo contra él. Extraño parece que haya habido un hombre que hubiese cumplido los cincuenta años sin advertir que las gentes algunas veces obran mal á sabiendas; y Jacobo no tenía más que mirar á su propio corazón para tener abundantes pruebas de que aun el más poderoso sentimiento religioso no es bastante, en todos los casos, para evitar á la humana fragilidad la satisfacción de pasiones contrarias á las leyes divinas, aun á riesgo de sufrir después horribles tormentos. No debía ignorar que no obstante ser pecado el adulterio, él era adúltero; y sin embargo, nada podía convencerle de que un hombre, para quien la

rebelión fuese un pecado, pudiera nunca, ni en la mayor extremidad, llegar á la rebeldía. Era á sus ojos la Iglesia anglicana víctima pasiva, á quien podía sin peligro ultrajar y torturar á su gusto. Y no llegó á advertir su error hasta que las universidades se prepararon á acuñar la plata de que disponían para contribuir á la caja militar de sus enemigos, y hasta que un Obispo, muy renombrado por su lealtad, despojándose de la sotana, ciñó la espada y tomó el mando de un regimiento de insurgentes.

## XXX.

SUNDERLAND EXCITA AL REY Á CONTINUAR POR EL MAL CAMINO.

Animaba al Rey artificiosamente á proseguir en tan fatales locuras un ministro que había sido exclusionista y aun continuaba llamándose protestante: el Conde de Sunderland. Los motivos y la conducta de este político sin principios se han presentado con frecuencia á la luz del error. Acusábanle en su tiempo los jacobistas de haber resuelto, aun antes del advenimiento de Jacobo, promover una revolución en favor del Príncipe de Orange, aconsejando siempre con aquella mira una sucesión de ultrajes á la constitución civil y eclesiástica del reino. Tan absurdo cuento se ha venido repitiendo desde entonces hasta nuestros días por escritores ignorantes; pero ningún historiador bien informado, fuesen cualesquiera sus preocupaciones, le ha prestado el menor crédito, porque no se funda en testimonio alguno y apenas podría hallarse prueba, capaz de convencer á hombres discre-

tos, de que Sunderland incurriese deliberadamente en el crimen y la infamia con el solo objeto de promover un cambio, en el cual á nadie se ocultaba que no podría salir ganancioso, antes al contrario le haría perder inmensas riquezas, además de su gran influencia. Ni hay tampoco razón alguna para acudir á tan extraña hipótesis, pues la razón salta á la vista. A pesar de lo tortuoso de su conducta, la ley á que obedecía es bien sencilla. Su conducta debe atribuirse á la alternada influencia de la avidez y el temor en un espíritu en que ambas pasiones tenían hondas raíces y en un ingenio más bien pronto que perspicaz. Necesitaba más poder y más dinero; más poder, sólo podía obtenerlo á expensas de Rochester, y el camino más fácil de alcanzar el poder á costa de Rochester era aumentar el disgusto que al Rey inspiraban los moderados consejos de aquél. En cuanto al dinero, con más facilidad y largueza podía obtenerse de la corte de Versalles, y Sunderland tenía grandes deseos de venderse á aquella corte. No tenía vicios alegres y generosos. Era poco aficionado al vino y á las mujeres, pero tenía por las riquezas pasión insaciable y desenfrenada. El amor al juego le tenía completamente avasallado, sin que bastasen pérdidas ruinosas á corregirlo. La fortuna que había heredado era bastante cuantiosa; por mucho tiempo había tenido empleos lucrativos, y no había descuidado cuantos medios pudieran hacerlos producir más todavía; pero su mala suerte en el juego era tal, que su hacienda se encontraba diariamente más y más reducida. En la esperanza de poder salir de apuros, confió á Barillon cuantos proyectos contrarios á Francia se habían tratado en el Gabinete inglés, indicándole que en tales ocasiones podía un secretario de Estado prestar servicios á Luis XIV, que la discreción ordenaba pa-

gar con largueza. El Embajador manifestó á su amo que la más corta gratificación que podía ofrecerse á ministro tan importante, no debía bajar de seis mil guineas, y Luis consintió en llegar hasta veinticinco mil coronas, cantidad que próximamente equivale á cinco mil seiscientas libras esterlinas. Convínose en que Sunderland recibiría esta suma anualmente, debiendo en cambio hacer valer toda su influencia para evitar que el Parlamento volviera á reunirse (1).

Unióse, pues, á la cábala de los jesuitas, y con tal destreza supo manejar la influencia de sus asociados, que se le indicó para suceder á Halifax en la alta dignidad de lord Presidente, sin tener que renunciar al puesto mucho más activo y lucrativo de Secretario (2). No desconocía, sin embargo, que no podía esperar mayor influencia en la Corte mientras fuese tenido por miembro de la Iglesia anglicana. Todas las religiones eran para él lo mismo, y en reuniones privadas acostumbraba á hablar con profano desprecio de las cosas más sagradas. Determinó, por tanto, dejar al Rey la satisfacción y la gloria de convertirlo. Era preciso, sin embargo, emplear gran habilidad. No hay hombre que mire con completa indiferencia la opinión de sus semejantes, y aun el mismo Sunderland, á pesar de su falta de pudor, temía la infamia, compañera de la pública apostasía. Desem-

(1) Barillon, nov. 16 (26), 1685; Luis XIV á Barillon, nov. 26 (diciembre 6). En un documento curiosísimo, escrito en 1687, obra á no dudar de Bonrepáux, que existe actualmente en los archivos de Francia, Sunderland aparece descrito de este modo: «La passion qu'il a pour le jeu, et les pertes considérables qu'il y fait, incommode fort ses affaires. Il n'aime pas le vin; et il hait les femmes.»

(2) Resulta del *Libro del Consejo* que tomó posesión de la presidencia en 4 de diciembre de 1685.

peñó su papel con rara habilidad: para el mundo seguía siendo protestante; en el gabinete del Rey fingía gran ardor por investigar la verdad, y casi siempre la persuasión le obligaba á declararse católico, lo cual no se oponía á que mientras no viese en todo su esplendor la verdad, se mostrase dispuesto á hacer cuanto estaba en su poder en pro de los que profesaban la antigua fe. Jacobo, que nunca había sido muy perspicaz, y era completamente ciego en materias religiosas, á pesar de su experiencia de la perversión humana, de la perversión de los cortesanos como clase y de la de Sunderland en particular, se dejaba engañar, creyendo que la Divina gracia había por fin tocado al más falso y endurecido de los humanos corazones. Por espacio de muchos meses el vil Ministro fué tenido en la Corte por catecúmeno, sin que por eso, á los ojos del público, pasase por renegado (1).

Sugirió ante todo al Rey la idea de organizar una comisión secreta de católicos que informasen en todo lo relativo á los intereses de su religión. Reuniase algunas veces esta comisión en las habitaciones de Chiffinch y otras en el aposento oficial de Sunderland, el cual, á pesar de seguir llamándose protestante, tomaba parte en todas las deliberaciones, logrando muy pronto gran ascendiente sobre los demás miembros. Los viernes comían los de la cábala jesuítica con el Secretario. La conversación en la mesa era completamente libre, y sin el menor escrúpulo se citaban las

(1) Bonrepaux no se dejaba engañar tan fácilmente como Jacobo. «En son particulier il (Sunderland) n'en professe aucune (religion), et en parle fort librement. Ces sortes de discours seroient en exécution en France. Ici ils sont ordinaires parmi un certain nombre de gens du pays.»—Bonrepaux á Seignelay, mayo 25 (junio 4), 1687.

debilidades del Príncipe, á quien los confederados esperaban manejar á su gusto. Sunderland prometió al P. Petre el capelo cardenalicio, á Castelmaine una espléndida embajada en Roma, á Dover un mando lucrativo en la Guardia Real y á Tyrconnel un alto empleo en Irlanda. Unidos de este modo por los más fuertes lazos de interés, pusieron manos á la obra para dar en tierra con el poder del lord Tesorero (1).

## XXXI.

## PERFIDIA DE JEFFREYS.

Había dos protestantes en el Gabinete que no tomaron parte activa en la contienda. Hallábase acometido por este tiempo Jeffreys de una cruel enfermedad, agravada por la intemperancia. En una comida que dió un rico alderman á algunos de los principales jefes del Gobierno, de tal modo se embriagaron el lord Tesorero y el lord Canciller que, despojándose de los vestidos, se quedaron casi en cuecos, y con dificultad pudo evitarse que, encaramándose sobre un poste que sostenía una muestra, no brindasen á la salud de S. M. El piadoso Tesorero pudo escapar sin más que el escándalo de la orgía, pero el Canciller experimentó, de resultados de tal exceso, un violento ataque de su dolencia. Por algún tiempo su vida estuvo en peligro, y Jacobo manifestaba gran disgusto á la idea de perder un Ministro tan adecuado y propio para él, diciendo, y en

(1) Clarke, *Vida de Jacobo II*, II, 74, 77. *Memorias originales*; MS. de Sheridan; Barillon, marzo 19 (29), 1686.

parte no mentía, que no sería fácil reparar la pérdida de tal hombre. Cuando ya Jeffreys se encontró convaleciente prometió ayudar á los dos partidos rivales, esperando á ver cuál de los dos saldría victorioso. Aun existen algunas pruebas curiosas de este doble trato. Ya se ha dicho que los dos agentes franceses, á la sazón residentes en Londres, se habían repartido la corte de Inglaterra. Bonrepaux estaba constantemente con Rochester, al paso que Barillon vivía con Sunderland; y de este modo Luis XIV, en la misma semana, era informado por Bonrepaux de que el Canciller estaba unido al Tesorero, y por Barillon de que el Canciller había formado liga con el Secretario (1).

## XXXII.

## GODOLPHIN Y LA REINA.—AMORÍOS DEL REY.

Godolphin, precavido y taciturno, hacía lo posible por mantenerse neutral. Sus opiniones y deseos estaban indudablemente con Rochester; pero los deberes de su empleo le obligaban á estar constantemente cerca de la Reina, y, como es natural, no quería por nada del mundo indisponerse con ella. Hay, sin embargo, algún fundamento para creer que la miraba con adhesión más romántica de la que suele encontrarse en el corazón de los políticos veteranos, y las circunstancias que es ahora preciso relatar, habían

(1) Reresby, *Memorias*; Luttrell, *Diario*, febrero 2, 1635-86; Barillon, febrero 4 (14), enero 23 (febrero 7); Bonrepaux, enero 25 (febrero 4).

arrojado á la Reina completamente en brazos de la cábala jesuítica (1).

A pesar del carácter serio del Rey y de la gravedad de su porte, era casi tan susceptible á la influencia de los atractivos femeniles como su alegre y amable hermano. Ciertó que no necesitaba Jacobo aquella perfecta belleza que distinguía á las favoritas de Carlos. Bárbara Palmer, Leonor Gwyn y Luisa de Querouaille, eran contadas entre las mujeres más hermosas de su tiempo. Jacobo, cuando joven, había perdido su libertad, había descendido de su rango é incurrido en el disgusto de su familia á causa de las vulgares facciones de Ana Hyde. Muy pronto, sin embargo, con gran diversión de toda la Corte, había sido infiel á su no muy bella consorte por una favorita aún más fea, Arabella Churchill. Su segunda esposa, aunque veinte años más joven que él, y de agradable rostro y simpática figura, tenía razón para quejarse con frecuencia de su infidelidad. Pero de todas sus relaciones ilícitas, ninguna alcanzó la importancia de sus amores con Catalina Sedley.

## XXXIII.

## CATALINA SEDLEY.

Era hija de sir Carlos Sedley, uno de los ingenios más brillantes y de los hombres más disolutos de la

(1) Véase la nota de Darmouth sobre Burnet, I, 621. En una sátira de la época hácese notar que Godolphin

Beats time with politic head, and all approves,

Pleased with the charge of the queen's muff and gloves.

Lleva el compás con su cabeza de político, y da á todo su aprobación, contentándose con tener á su cargo el manguito y los guantes de la Reina.